

Sabaté Bel, F. (2012). 4. Recuerdos del futuro: la experiencia vernácula y la sostenibilidad. En Afonso-Carrillo, J. (Ed.), *Agricultura en Canarias: conciliando tradición y ciencia*. pp. 105-143. Actas VII Semana Científica Telesforo Bravo. Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias. Puerto de la Cruz, Tenerife. ISBN: 978-84-616-0641-2.

4. Recuerdos del futuro: la experiencia vernácula y la sostenibilidad

Fernando Sabaté Bel

*Departamento de Geografía y Centro de Estudios
Ecosociales de la Universidad de La Laguna
(fsabate@ull.es)*

Quienes han recibido una educación suelen ser los privilegiados y suelen participar en el sistema de adoctrinamiento, por lo que, de manera natural, tienden a interiorizarlo y creérselo. En consecuencia, no es algo anormal, y no sólo ocurre en los Estados Unidos, el que uno se encuentre con un grado mucho mayor de sofisticación entre la gente que conoce el mundo a partir de su propia experiencia que entre quienes lo conocen a partir del marco doctrinal al que están expuestos. Un marco doctrinal que se espera que propaguen como parte de sus obligaciones profesionales.

Noam Chomsky (1994): Crónicas de la discrepancia.

A modo de introducción: una crisis local afrontada y resuelta con enfoque vernáculo

En el último tercio del siglo XIX, los vecinos de San Bartolomé y otros pueblos del centro-norte de Lanzarote vieron como una catástrofe se cernía sobre su modo de vida. La población de la isla, como la del conjunto de Canarias, estaba empezando a crecer con rapidez: entre otros factores causantes, comenzaba a disminuir la mortalidad (sobre todo la producida por epidemias) gracias a incipientes mejoras en las condiciones higiénico-sanitarias, mientras la natalidad se mantenía aún muy alta, dado que los hijos y las hijas nutrían la fuerza de trabajo indispensable para el sostentimiento familiar, basado en la agricultura y la pesca. El crecimiento

demográfico significó, de inmediato, un aumento de la presión sobre los recursos naturales que, en ese periodo histórico (y en todos los anteriores) no podían venir, en su mayor parte, más que del entorno inmediato. Era el caso de la leña, fuente de energía indispensable para cocinar a diario los alimentos, y también para algunas pequeñas industrias artesanas, como los hornos de cal. Debido a las condiciones arídicas de Lanzarote, toda la leña procedía del matorral xerófilo que constituye su vegetación potencial o de sustitución: los tallos secos de ahulaga eran el combustible fundamental.

En la playa de Famara (Fig. 1), al noroeste insular, y en otras caletas que se encuentran en el amplio entrante que conforma la bahía de Penedo y sus inmediaciones, los ahulagares y otras especies costeras retenían la arena aportada por el mar (Fig. 2). Esta arena se conoce en las Canarias Orientales con el nombre popular de *jable*. Su color blanquecino se debe a su origen orgánico, restos de conchas de moluscos y otros organismos marinos con caparazón de carbonato cálcico. Acumuladas en la orilla por corrientes y mareas, los rayos del sol las secan en la bajamar, y el viento alisio las impulsa hacia el interior, donde forman pequeñas dunas tras la playa, conocidas localmente como *médanos* (expresión castellana en desuso, pero que significa justamente eso, pequeños montículos naturales de arena). Los médanos se mantenían entonces en la trasplaya, inmovilizados por el matorral costero, gracias a que las plantas, además de retener el jable



Fig. 1. Playa de Famara, en Lanzarote, una de las zonas por las que entran los jables (fotografía del autor).



Fig. 2. La vegetación costera retenía la arena antes del último tercio del siglo XIX (fotografía del autor).

mediante sus amplias y extensas raíces –resultado de su adaptación al clima desértico–, van creciendo en altura a un ritmo acompasado al de la aportación de arena, manteniendo con eficacia el efecto de barrera. Pero al aumentar el corte y la extracción de leña, desapareció este efecto, y los jables retenidos se pusieron en movimiento. Hacia el interior, en dirección sur, se desarrolla una vaguada natural comprendida entre la elevación del macizo antiguo de Famara, al noreste, y el campo de volcanes de Timanfaya, más al oeste; conformando en el sector de San Bartolomé una de las principales vegas agrícolas de la isla. Por este pasillo orográfico (Fig. 3) se cuela el viento alisio acelerado, y las tierras de sembradura empezaron a quedar recubiertas por un manto creciente de arena clara (aunque oscurecida a lo largo de su marcha isla adentro, a medida que se mezcla con fragmentos de los materiales volcánicos). La agricultura, base económica del vecindario, se estaba viendo socavada. ¿Cómo resolver esta grave situación?

Según detalló en su crónica el cura de San Bartolomé, uno de los pocos habitantes de la localidad capaz de dejar un testimonio escrito en aquellos años¹, la primera respuesta de los paisanos fue construir muros tratando de

¹ A pesar de su interés, el diario del párroco de San Bartolomé no es tan conocido como el del cura de Yaiza, quien legó a la posteridad el relato principal de las erupciones padecidas un siglo y medio antes en Lanzarote.

interrumpir el avance de la arena. Este tipo de respuesta, basada en una oposición frontal a la fuerza de la Naturaleza, fracasó por completo; sólo dejó algún topónimo aún vigente en la zona, como el de la *pared de la Reina*: recuerdo de un muro pétreo luego eliminado, y que tal vez contó para su construcción con algún subsidio estatal en tiempos de la monarquía de Isabel II. La arena debió acumularse al pie de todas las paredes que se le interpusieron, acumulándose y ganando altura hasta desbordarlas, para seguir luego su curso anegando los campos de cultivo².

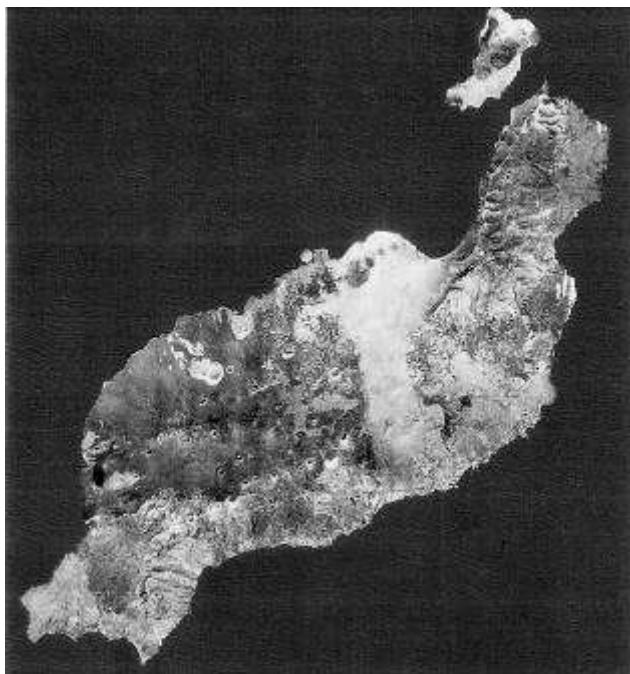


Fig. 3. Imagen de satélite de Lanzarote, donde se observa el corredor de jable que atraviesa la isla de norte a sur (fotografía de la NASA).

En algún momento, la población campesina de la zona ingenió un método alternativo, mucho más sutil y *aerodinámico*: en lugar de

² El método de frenar el avance de la arena, interponiendo obstáculos físicos como muros de piedra, tapias de madera y otros, es conocido y ha sido ensayado con éxito desigual en distintos lugares del Planeta. Es el caso de los bordes norte y sur del gran desierto del Sahara, o incluso de algunos lugares de la península Ibérica, como la localidad alicantina de Guardamar del Segura, donde en un periodo parecido al de Lanzarote el avance de las dunas litorales amenazaba con sepultar esta localidad de tres mil habitantes; en este caso, bajo la dirección del ingeniero Francisco Mira i Botella, se logró fijar las dunas combinando empalizadas de tablas con la plantación de especies arbóreas.

empeñarse en detener la arena aprendieron a retener su paso con suavidad durante unos pocos meses, plantando un bardo vegetal de altura escasa pero suficiente para resguardar cultivos estacionales cortos y que pueden crecer a ras de suelo, protegidos de este modo del ametrallamiento constante de los granos de jable. Tras cosechar productos como batatas, tomates rastreros o cucurbitáceas (calabazas, melones, sandías), el seto natural –casi siempre una hilera apretada de cereal resistente como la cebada (Fig. 4)– se recoge, y la montañita de arena acumulada a su pie vuelve a ser esparcida por el viento prosiguiendo su recorrido hasta la otra orilla insular, en el sector comprendido entre Arrecife y La Tiñosa, donde el jable se adentra en la mar (*se embarca*, dicen todavía los más viejos).



Fig. 4. Detalle del seto de cereal que protege los cultivos del golpeteo de los granos de jable (fotografía del autor).

Azuzada por la necesidad, la gente de los pueblos lindantes con el *río de jable*, como San Bartolomé, Tiagua, Muñique o Sóo, constataron también –a fuerza de probar, equivocarse y corregir– que este material aporta algunas importantes ventajas suplementarias para el cultivo, al desempeñarse como un formidable colchón higrométrico (Fig. 5): las lluvias invernales, por escasas que sean, se infiltran y ayudan a empapar aunque sea un poco el viejo suelo terrígeno que quedó sepultado bajo la arena orgánica; pero la ascensión vertical de la humedad resulta mucho más

difícil, siempre que el colchón de arena sea arado con fundamento, rompiendo los poros capilares que disipan la humedad, quedando preservada la saturación acuosa que hace posible la germinación de los cultivos. El resultado es la obtención de tubérculos ricos en hidratos de carbono así como hortalizas frescas, que a pesar de sus exigencias agrológicas en humedad se logran producir en condiciones desérticas, sin aportar ningún riego adicional.

Por más que esta práctica se encuentre hoy en decadencia, conviene no olvidar que, en su esfuerzo por la supervivencia, aquellas personas campesinas inventaron en el siglo XIX una de las fórmulas más originales de la agricultura mundial: una de éas que se basan en la armonización local del trabajo humano con los procesos y las energías del resto de la Naturaleza. Demostraron una capacidad creativa que hizo posible resolver aquella grave crisis ecológica y social que, a su escala minúscula, nos permite evocar algunos rasgos de las crisis ecosociales que padece hoy la humanidad en su conjunto. Y lo hicieron basándose en el conocimiento profundo y la identificación adecuada de los recursos de su entorno inmediato, esto es, *arraigándose* en su propia y bien conocida realidad: *pensando y actuando a la manera vernácula*.



Fig. 5. Paisaje del original sistema agrario en el corredor del jable de Lanzarote (fotografía del autor).

Un paréntesis para definir conceptos

El uso de la expresión 'tradicional' se encuentra ampliamente extendido para referirse, en general, a 'lo antiguo', 'lo de antes', 'lo que siempre se ha hecho', 'lo que es costumbre'... Pero este tipo de carga semántica a menudo induce a confusión. En primer lugar, porque 'lo de antes' no fue siempre igual: el pasado, como el presente, siempre ha sido dinámico. Podemos reconocer que la fase histórica en la que nos encontramos resulta mucho más dinámica aún: los cambios son cada vez más veloces, las modas y sus productos mucho más fugaces. Pero si tendemos a pensar que frente a eso antes existía un mundo de quietud absoluta, andamos equivocados. Pensemos en lo sucedido en Lanzarote hacia 1880, sin ir más lejos. Muchísimos otros ejemplos de prácticas, objetos materiales, y hasta expresiones artísticas populares que hoy podemos considerar tradicionales³, lo que testimonian más bien es un tiempo pasado de cambios, con frecuencia no poco turbulentos.

Un candil de latón fabricado de manera artesana nos indica cómo a partir de finales del siglo XIX se extendían por el archipiélago cientos de nuevos objetos derivados de la Revolución Industrial: entre ellos, todos los envases de un material novedoso como la hojalata. En una sociedad que se desenvolvía en parámetros de escasez (muy superior a la actual), la cual potenciaba una racionalidad de máximo aprovechamiento de los recursos, surgió un nuevo oficio, la hojalatería o latonería: alguien con habilidad artesana tuvo la ocurrencia de desmontar esos envases de latón, una vez agotado su contenido (y probablemente, después de haberse reutilizado para transportar o guardar otras cosas); esta persona identificó el carácter dúctil (y, a la vez, ignífugo, impermeable, etc.) para crear nuevos objetos útiles, como el candil de nuestro ejemplo. Pero la manera artesana de desarrollar ese trabajo, adaptada a condiciones y demandas locales, permite que la

³ A modo de ejemplo: el etnógrafo Manuel Lorenzo Perera, que empezó a recurrir de forma sistemática a la información y la tradición oral en Canarias mucho antes que la mayoría de los actuales investigadores, documentó hace años en algunos pueblos de Tenerife cómo en el anterior cambio de siglo (del XIX al XX) estaban entrando en las parrandas y en eso que hoy llamamos el 'folklore' unos nuevos instrumentos de cuerda: guitarras, bandurrias, laúdes, timbales, y otros como violines o –sin ser de cuerda– acordeones. Esos instrumentos, aunque de origen europeo en la mayor parte de los casos, llegaron a la cultura popular canaria por la puerta procedente del continente americano. Lo más interesante y, a la vez, paradójico, tal como lo documentó Lorenzo Perera, fue el rechazo que provocaba esa intrusión de instrumentos 'forasteros' en unos géneros musicales que descansaban, sobre todo y hasta entonces, en la flauta y el tambor. Al parecer, a algunos viejos les disgustaban esas novedades, y fueron los jóvenes –y seguramente los indianos retornados de Cuba y otras partes de América– los que impusieron con la práctica los nuevos modos musicales. Se pueden documentar muchos otros ejemplos semejantes.

podamos considerar una actividad *vernácula*, en el sentido que vamos a definir enseguida.

Otro problema que presenta la palabra 'tradicional' es que se emplea para denominar algunas prácticas culturales indudablemente *modernas* (en la medida en que forman parte del proceso de modernización industrial de la sociedad, tal como lo definió la Sociología), pero que llevan ya mucho tiempo arraigadas entre nosotros; lo cual puede generar grandes confusiones: en el cercano futuro, para cualquier criatura nacida en estos años, un teléfono móvil (que tal vez su madre usa de manera esporádica mientras lo amamanta) 'siempre estuvo ahí'. Forma parte de su paisaje y su 'tradición' personal. Lo mismo que pueden serlo para los que nacimos antes –en cada caso dependiendo de nuestra edad, contexto geográfico y del grupo social al que estamos adscritos– tantos otros objetos de la vida cotidiana: desde el asfalto de las calles hasta la taza del inodoro.

Otro término, mucho menos utilizado en el lenguaje cotidiano pero que puede resultar útil para lo que aquí se persigue, es el de '*vernáculo*'. El *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia lo define así:

vernáculo, la. (Del lat. *vernaculus*.) adj. Doméstico, nativo, de nuestra casa o país. Dícese especialmente del idioma o lengua.

El ejemplo señalado es la forma en que se emplea con más frecuencia este adjetivo: la '*lengua vernácula*' es aquella que se habla en un determinado país y es propia de él. Como todas las lenguas, es un producto vivo, dinámico, que se enriquece con palabras y expresiones de otras lenguas y lugares, o con invenciones surgidas de la creación local. Puede ser, de hecho, una lengua venida por entero de otra parte, pero que ha sufrido adaptaciones y mutaciones en su nuevo lugar de asiento, hasta convertirse en algo diferente del original. Presenta, como resultado, la peculiaridad de ser algo propio y particular de ese sitio; es como si hubiera '*echara raíces*', y algunas flores y hojas distintas, aunque las diferencias al principio fueran casi inapreciables.

Lo de '*echar raíces*', aunque no es más que una metáfora, puede venir bien para acabar de comprender el concepto. Volviendo al latonero de antes: seguro que en muchos lugares aparecieron personas que dieron nueva forma a la hojalata de los envases reutilizados. Pero en cada uno de ellos, las personas artesanas fabricaron objetos relacionados con la demanda local, con su experiencia colectiva –muy relacionada, por ejemplo, con la tradición artística y geométrica que existe en cada lugar– y, por último, también con la creatividad personal de quien fabrica la pieza (aunque parcialmente limitada por las dos anteriores). En un sitio donde llueve menos, puede ser prioritario fabricar regaderas; donde hay familias con capacidad adquisitiva suficiente tal vez se construyan juguetes para los

niños, pues sus mayores pueden adquirirlos en el mercado. Esos mismos objetos locales de hojalata, a su vez, pueden cambiar según se van transformando las condiciones económicas, sociales y culturales del entorno.

El término vernáculo no siempre obedece a lo que resulta muy antiguo, o lleva mucho tiempo, o ha sido fabricado de forma local y artesana (aunque puede reunir en muchos casos todas esas características). Lo más importante es su manera de insertarse en el contexto local: la manera de 'echar raíces' a la que antes hice referencia. Puede llegar a ser vernáculo, incluso, un objeto industrial que está ya tan incorporado en un lugar que se puede considerar parte de su cultura vernácula.

Lo intentaré aclarar con otro ejemplo de Canarias: las tejas planas (a menudo llamadas entre nosotros tejas 'inglesas', a pesar de que venían en su mayor parte de la región francesa de Marsella) son otro producto típico de la Revolución Industrial. La extensión de métodos industriales de producción, y también de transporte, permitió abaratar el coste de un objeto –las tejas de arcilla– que con anterioridad se fabricaban localmente de manera muy laboriosa. De este modo, las nuevas tejas planas fueron cubriendo la demanda de amplios territorios, a menudo muy lejos de su lugar de fabricación. Como todo producto industrial, son objetos homogéneos y regulares; en este caso, encajan entre sí a la perfección y, al haberse cocido en hornos de alta temperatura, resultan resistentes y duraderas. El hecho de que desde las primeras décadas del siglo XX se distribuyeran por buena parte del Archipiélago, alcanzando a veces lugares recónditos, resulta un buen indicador del nivel de conexiones exteriores de Canarias; y, sobre todo, de que en muchos de estos lugares debía haber una base económica que permitía sostener tales intercambios con el exterior. Las tejas 'inglesas' reemplazaron en muchos sitios al modelo anterior de tejas curvas de manufactura artesana y local, o cubrieron nuevos techos fabricados desde entonces. Pero, y esto es lo importante, lo hicieron siguiendo pautas constructivas semejantes a las que ya existían. Esto es, no dieron lugar a un modo distinto de fabricar cubiertas; simplemente se incorporaron como un elemento nuevo y útil a un conjunto, la arquitectura 'vernácula', adaptada a las particularidades locales, que ya existía con anterioridad. Hoy, a pesar de su origen industrial, no tendríamos ningún problema en reconocer a esas tejas como parte de nuestro patrimonio arquitectónico arraigado, ya sea en una casa campesina en El Hierro, o sobre un salón de empaquetado que se levantó hace más de cien años en Arafo.

¿Cuando dejan un objeto, una técnica, un conjunto de prácticas (como la arquitectura) de ser vernáculos? Como en casi todas las cuestiones sociales complejas, no existe una frontera precisa: hasta aquí es vernáculo, a partir de ahí, ya no lo es. Definirlo en cada caso exige un proceso de

análisis y reflexión, diferente al de una ciencia exacta. Se puede estar generalmente de acuerdo en un caso como el siguiente: a partir de los años sesenta del pasado siglo XX se generaliza en toda Canarias (y en tantos otros lugares del Planeta, de forma progresiva), un modelo global de construcción enteramente nuevo y basado en concepciones industriales: bloques prefabricados de cemento, vigas y bovedillas del mismo material, hormigón armado... Paradójicamente, estos nuevos métodos y materiales, que habían empezado a aplicarse unas décadas antes en las construcciones diseñadas por arquitectos e ingenieros, y que se generalizan con el urbanismo de los incipientes núcleos turísticos, van a dar lugar a un nuevo modelo de '*arquitectura popular*'. Miles de personas y familias, en toda Canarias, empezaron a resolver su necesidad de habitación de esta manera – normalmente mediante el sistema de autoconstrucción –; y crearon de la nada nuevos barrios y pueblos, o ampliaron los que ya existían, con las nuevas edificaciones ortogonales y grises. Se trata de una arquitectura, sin ninguna duda, *popular* (por más que el uso de la expresión pueda extrañar en este caso): es la arquitectura que hace el pueblo canario desde los años sesenta hasta hoy. ¿Se puede considerar una arquitectura vernácula? Si uno se pasea por el mundo, aunque sea a través de imágenes en Internet, se encuentra que la arquitectura contemporánea de las clases populares en Lima, en las islas de Cabo Verde, en Mauritania, y en tantos otros sitios, es exactamente igual (salvando a las franjas más pobres de población, que se ven limitadas a chabolas de cartón y lata). Y es justamente así porque son el resultado de aplicar unas técnicas y materiales homogéneos, que ya son industriales en su conjunto. ¿Surgirán en el futuro, dentro de ese estándar de '*arquitectura popular internacional*', elementos de diferenciación, adaptaciones locales, creaciones propias de cada sitio o país? ¿Llegarán aemerger a partir de ahí nuevas formas de arquitectura vernácula? No lo podemos saber. Tal vez sí; tal vez ya estén apareciendo algunos síntomas que apuntan en esa dirección. Pero no se puede afirmar con rotundidad todavía.

Quizás, la lección principal que se puede extraer de todo esto es que ese fenómeno que se conoce comúnmente como '*globalización*', tiene ya raíces viejas, y su versión más acabada (que no es otra que la extensión del modelo capitalista neoliberal a todo el Planeta), *tiende a suprimir las culturas vernáculas y a transformarlas en un modelo homogéneo global*.

Pero una tendencia es sólo eso: una fuerza que empuja en una dirección determinada. Pueden surgir resistencias y emerger fuerzas que actúen en sentido contrario o, al menos, en una dirección diferente. La resultante final de todas esas fuerzas irá en una dirección difícil de anticipar. La creatividad y la historia humana, por fortuna, resultan imprevisibles.

La experiencia vernácula: ¿fuente para imaginar una sociedad (menos in)sostenible?

Lo que propongo a partir de aquí es deliberar si la experiencia vernácula acumulada por la humanidad a lo largo del tiempo en casi cualquier parte del mundo puede hoy resultarnos útil para afrontar nuestros problemas sociales y ecológicos contemporáneos, que no son pocos; todo ello con el objetivo de imaginar primero, y tratar de construir después, una sociedad sostenible, en lo social y lo ecológico; o cuando menos, que reduzca los niveles de insostenibilidad que amenazan el futuro de la Tierra y hacen que la vida humana sea indigna. Como es de suponer, la respuesta del autor es afirmativa: considero que tenemos mucho que aprender de la experiencia obtenida por generaciones pasadas, si somos capaces de extraer de ella lecciones útiles para nuestro presente. Tratando de demostrarlo, he empleado muchos años de lectura, reflexión y, sobre todo, observación y análisis de la realidad (incluyendo en esa realidad la consulta, mediante entrevistas, a la experiencia oral de bastantes personas mayores). En algunos trabajos anteriores, en solitario o con otras personas, ya se anticiparon algunas conclusiones en este sentido (Aguilera *et al.*, 1994; Sabaté *et al.*, 2008; Sabaté, 2011). He dado muchas charlas sobre el asunto, pero ésta es la primera oportunidad en que dedicó un trabajo específico a abordar la cuestión por escrito.

En el Figura 6 se sintetizan siete rasgos de la experiencia vernácula que considero de notable interés en relación a la pregunta de este epígrafe.

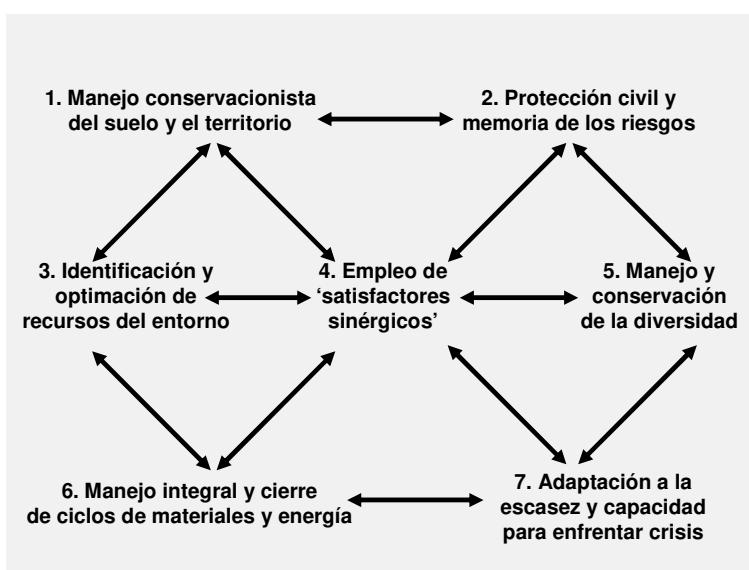


Fig. 6. Algunos rasgos de la experiencia vernácula.

Las flechas que unen a esas siete ideas quieren poner de manifiesto que todas ellas están relacionadas entre sí. Como veremos luego al comentar algunos ejemplos reales, y aunque utilicemos cada caso para exemplificar precisamente alguno de los puntos del esquema, en la práctica un mismo fenómeno real a menudo tiene relación con dos o más puntos de nuestro esquema.

Como todo esquema, representa una construcción mental abstracta, que intenta atrapar la compleja realidad concreta. Pero siendo los esquemas útiles –por eso se conciben y aplican– *no se deben confundir nunca con la realidad*, sino recordar que constituyen una simplificación de la misma que nos resulta útil para tratar con ella. Aclarar lo anterior puede parecer innecesario, pero no olvidemos que ha sido demasiado frecuente que la ciencia y la técnica acaben confundiendo sus esquemas teóricos y abstractos con la realidad viva, siempre mucho más rica, compleja y cargada de matices.

Para no alargar en exceso este capítulo, no voy a explicar con casos prácticos los siete puntos, sino sólo algunos de ellos. Debo advertir también que el arsenal de ejemplos prácticos que se presentan a continuación está tomado de la realidad histórica y geográfica del Archipiélago Canario. Lejos de cualquier afán localista, escogí ejemplos canarios y no de cualquier otro lugar porque estoy convencido de que en nuestro entorno próximo se pueden identificar casos muy interesantes (y con frecuencia poco conocidos), que permiten demostrar la hipótesis de partida. Pero también abrigo la convicción de que los axiomas que aquí se plantean, aunque se evidencien con ejemplos locales, resultan de aplicación y validez *universal*.

La experiencia vernácula suministra referencias para un manejo conservacionista del suelo y el territorio

El carácter montañoso, con frecuencia abrupto, de buena parte del territorio canario, obligó a lo largo del tiempo a construir sistemas de terrazas para hacer posible la práctica de la agricultura; fue necesario *desmontar* la pendiente, levantar paredes verticales y fabricar con trabajo humano inmenso un paisaje de ‘escaleras de gigantes’ (como las llamó el primer geógrafo canario, Leoncio Afonso, hace más de medio siglo). Son célebres por su espectacularidad los bancales construidos bajo el Risco de Guadá y en otros sectores del tramo alto de Valle Gran Rey (ayuda también la espléndida panorámica que se disfruta de ellos desde diversas atalayas de la ladera opuesta). Pero, aunque no tan visibles, existen muchos otros paisajes espectaculares de antiguas terrazas agrícolas en toda Canarias y, desde luego, en otros puntos de La Gomera. Aquí quisiera recordar los que

colonizan el barranco de Erques, en el sur de esta isla, sobre todo los que se alzan sobre el caserío de Erquito (Fig. 7). Ese pueblo hace varias décadas que quedó totalmente despoblado (lo que habla a las claras de la dureza de la vida en un medio tan abrupto y difícil, y advierte de paso sobre lo inconveniente que resulta ‘idealizar’ de forma acrítica la vida campesina en el pasado). Sin embargo, muchos bancales están tan bien construidos que se mantienen en pie, a pesar del abandono; y, lo que es más sorprendente, a pesar del conjunto de torrenteras (conocidas como *cañadas* en la toponimia gomera) que los atraviesan verticalmente. Por estas barranqueras muy empinadas tributarias del barranco principal discurre el agua con gran energía cuando se producen las borrascas del suroeste, que aportan lluvias muy cuantiosas y concentradas. Los paisanos demostraron su maestría articulando el diseño de la geometría de los bancales en condiciones dificilísimas, con el hábil manejo de los flujos ocasionales de agua, lo que hizo posible aprovechar hasta el último metro cuadrado de tierra que podía volverse cultivable –sin serlo de partida– y lograr que perdurase en el tiempo. Es bueno retener este caso porque, como tendremos ocasión de comprobar después, no asumir bien el funcionamiento de las torrenteras en las pendientes elevadas de los macizos antiguos puede acarrear consecuencias dramáticas.



Fig. 7. Terrazas de cultivo sobre el caserío de Erquito (sur de La Gomera), adaptadas a los cauces de las torrenteras (fotografías de Juan Carlos Hernández Marrero).

Otro caso de interés es el de los recubrimientos de la tierra fértil que se aplican en muchas partes de Canarias, pero de una forma destacada en la isla de Lanzarote. La ciencia agronómica utiliza la expresión inglesa *mulching* (acolchado) para referirse a cualquier recubrimiento artificial (y en ocasiones natural, como ya vimos en el caso de los jables) que protege el suelo terrígeno capaz de producir alimentos. En muchos casos, pero sobre todo en zonas aráidas, el colchón o *mulch* logra evitar el excesivo calentamiento debido a la radiación solar, limita la aparición de malas hierbas y, sobre todo, logra preservar el bien más preciado: la humedad infrayacente. Los arenados naturales, como los que salpican el valle de La Geria (Fig. 8), construidos a base de excavar laboriosamente el lapilli aportado por las erupciones recientes, son tan conocidos que figuran hace tiempo en documentales y publicaciones sobre paisajes singulares a nivel mundial. Tras constatar sus buenos resultados, los agricultores conejeros ‘inventaron’ los arenados artificiales, trasladando arena volcánica a aquellos lugares donde la Naturaleza no la había depositado de forma espontánea.



Fig. 8. Arenados naturales en La Geria, Lanzarote (fotografía del autor).

De este modo lograron garantizar una provisión mayor y mejor de alimentos (aunque nunca segura del todo). Esto ocurrió sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX (fue de hecho una de las causas y consecuencias del crecimiento poblacional al que nos referimos al

comienzo). Lanzarote llegó al último tercio del siglo XX con una porción amplísima de su superficie recubierta de arenados (naturales y, sobre todo, artificiales), antes de que el desarrollo masivo del turismo llevara a la casi virtual paralización de sus variados y originales sistemas agrícolas.

Llegados a este punto, propongo que nos fijemos en una foto de la zona de Los Valles (Fig. 9), y observemos dos parcelas agrícolas contiguas, situadas en una ladera con cierta pendiente; una fue recubierta en el pasado con arena volcánica, y otra en cambio nunca se *arenó* (hecho poco frecuente en Lanzarote); las dos llevan largo tiempo en desuso, pero la que tiene arena está siendo ‘recolonizada’ por la vegetación natural, que aprovecha el suelo y la humedad subyacente, estando en proceso de formación un ahulagar; por el contrario, la que está ‘desnuda’ se halla también desprovista de vegetación: exhibe cárcavas y huellas evidentes de una erosión que cada año elimina una porción creciente del preciado suelo fértil. Las dos tienen en común su abandono, insisto, porque Lanzarote posee una economía basada en el turismo, lo que hace posible –otra cosa es que eso sea deseable– que casi todos los alimentos consumidos en la isla se traigan en las bodegas de barcos y aviones (generando un alto grado de dependencia, igual o superior al del resto de Canarias).



Fig. 9. Diferencias entre dos parcelas, ambas abandonadas: una sin arenar –erosionada– y otra arenada –con recuperación de la vegetación potencial– (fotografía del autor).

Las dos parcelas se diferencian en que si algún día –¿tal vez no lejano?– tenemos que volver a recurrir, aunque sólo sea en parte, a la producción agraria local, la parcela arenada conserva bajo el lapilli el suelo fértil, disponible para quien quiera volver a ponerlo en producción: un regalo que legaron como herencia para el futuro generaciones precedentes de trabajadores rurales.

La experiencia vernácula suministra claves para la memoria y la prevención de riesgos

El pueblo de San Juan de la Rambla, como indica su propia denominación, se asienta sobre una terraza de materiales sedimentarios, depositados por las lluvias torrenciales al pie de un acantilado marino, que quedó de este modo fosilizado (perdió su contacto directo con el mar, causante de la formación progresiva del cantil). La creación de esta ‘rambla’ debió suceder en un tiempo geológico no remoto, pero anterior a la presencia humana histórica en Tenerife. Un pequeño colector, denominado localmente barranco de Poncio, atraviesa el casco histórico de San Juan; aquí no es muy ancho ni profundo, pero esta imagen resulta engañososa: se trata de un barranco *de Cumbre*, denominación popular que indica que constituye el eje principal de una cuenca hidrográfica cuya cabecera se sitúa a más de dos mil metros de altura, en La Fortaleza, junto a la cara norte del Teide. En una calle situada a la vera del barranco, se conserva una inscripción en lo alto de la fachada de una casa, cuyo texto recuerda para la posteridad que hasta aquel punto (unos cinco metros sobre el nivel de la calle) alcanzaron las aguas desbordadas el día 7 de noviembre de 1826 (Fig. 10).

El aluvión de 1826, que combinó vientos huracanados con precipitaciones muy concentradas y cuantiosas, aunque repetidas a lo largo de casi tres días, está considerado el fenómeno climático extremo más devastador que se conoce en la historia (escrita) de Canarias. Además de un centenar largo de víctimas humanas, provocó la muerte de miles de cabezas de ganado, arrasó una miríada de explotaciones agrarias, desvío barrancos de curso, abrió otros nuevos y ganó en algunos puntos terreno al mar, destruyendo bahías practicables –como el caletón que daba servicio al Puerto de la Cruz⁴. El acontecimiento quedó marcado en la conciencia popular (fue recordado por varias generaciones como *el Diluvio*). No debe extrañar que alguien concibiera la idea de dejar la señal en una calle de San

⁴ Como es sabido, en la localidad costera de Candelaria la tromba de agua de un barranco desbordado penetró en el antiguo convento dominico y arrasó cuanto había en su interior, perdiéndose en el Océano la primitiva imagen de la Virgen patrona de Tenerife. Lo mismo sucedió con un fortín militar que custodiaba ese punto de la Isla, que fue arrancado desde sus cimientos.

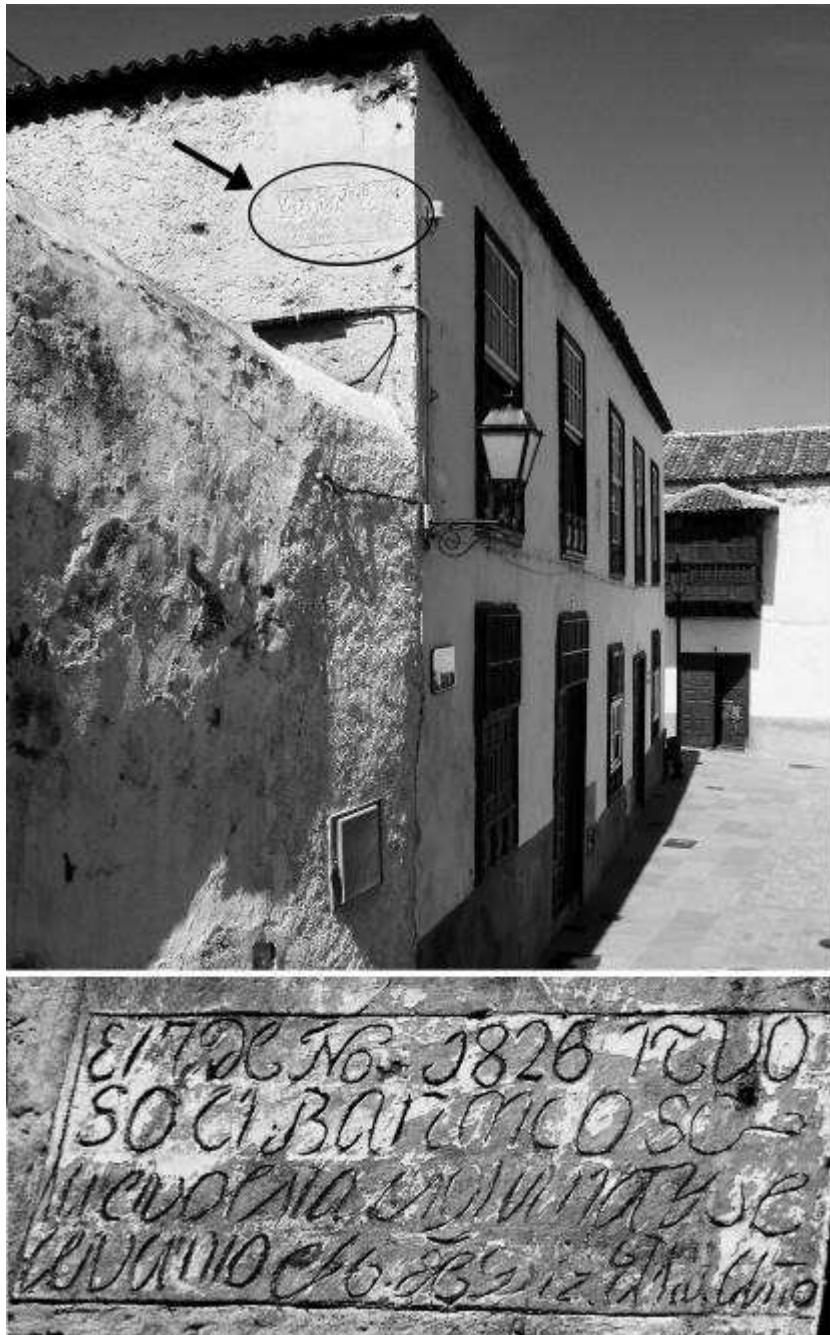


Fig. 10. Inscripción en una fachada de San Juan de la Rambla (indicando la altura que alcanzó el agua durante el Aluvión de 1826) y detalle de la misma (fotografía de Juan Vicente Núñez Afonso).

Juan de la Rambla, con un mensaje claro para las generaciones venideras: la Madre Naturaleza suele comportarse de una determinada manera, pero a veces se ‘desmadra’; el agua que circula cada invierno por el fondo del cauce, puede en ocasiones llegar mucho más lejos. Es incluso muy probable que, en el siglo XIX, muy pocas personas en San Juan de la Rambla, ni en cualquier otra población de Tenerife, supieran leer y escribir; sin embargo, cualquier paisano que pasara por allí, por más que fuera analfabeto, tendría conocimiento cabal de que “ahí dice que una vez el agua llegó hasta allá arriba”. De hecho, son frecuentes en muchos lugares del mundo este tipo de marcas, iconos o señales, que cumplen una misión pedagógica muy clara con respecto a los fenómenos naturales y su comportamiento excepcional.

En otro punto de la isla, San Andrés, es bien conocida la imagen de su Castillo, gracias a la popularidad de la playa anexa de Las Teresitas (Fig. 11). La torre se encuentra arruinada, con casi la mitad de su círculo original desgajado y parcialmente volcado junto a la fábrica que se mantiene en pie. Menos divulgada hoy día es la causa que originó esa ruina, y que no fue otra que el mismo terrible temporal de noviembre de 1826. Una vista aérea (Fig. 11) permite comprenderlo mejor: el castillo había sido elevado en 1769, a la vera del cauce que discurre junto a la localidad, apenas unos metros más abajo del lugar donde confluyen dos barrancos, El Cercado y Las Huertas, cuyas cabeceras excavan en ambos casos las cumbres del macizo de Anaga (a unos 800 metros de cota). La crecida del barranco socavó la cimentación de la mitad norte del fortín que, estando tan bien construida –empleando la técnica tradicional de piedra, barro y cal– se desgajó y ahí, entera y estoica, permanece hasta hoy. Nadie se planteó derruir del todo el castillo; tampoco reconstruirlo, por dos importantes razones: la primera, que desde comienzos del siglo XIX, a medida que se fue consolidando el dominio británico del Atlántico y éste dejó de ser un espacio de conflicto entre imperios rivales, se pacificaron las rutas comerciales y las fortificaciones se volvieron más prescindibles; pero también, y sobre todo, porque los contemporáneos de aquel suceso comprendieron que el fortín estaba emplazado sobre un lugar del todo inseguro, y que volver a levantarla resultaría un trabajo en balde.

La hipótesis que uno sostiene es la siguiente: para los vecinos del entorno la ruina del castillo de San Andrés debió acarrear durante mucho tiempo un significado análogo al de la inscripción de San Juan de la Rambla: transmitir que la Naturaleza –el Barranco también en este caso– funciona casi siempre de una manera, pero ocasionalmente *se sale de madre*. Así debió ocurrir al menos mientras funcionó con fluidez la transmisión oral de información entre generaciones (dado que aquí no medió ningún mensaje escrito, sino un ícono arquitectónico muy contundente), y la mayoría de la población mantenía la conciencia de nuestra elemental dependencia de la Naturaleza.

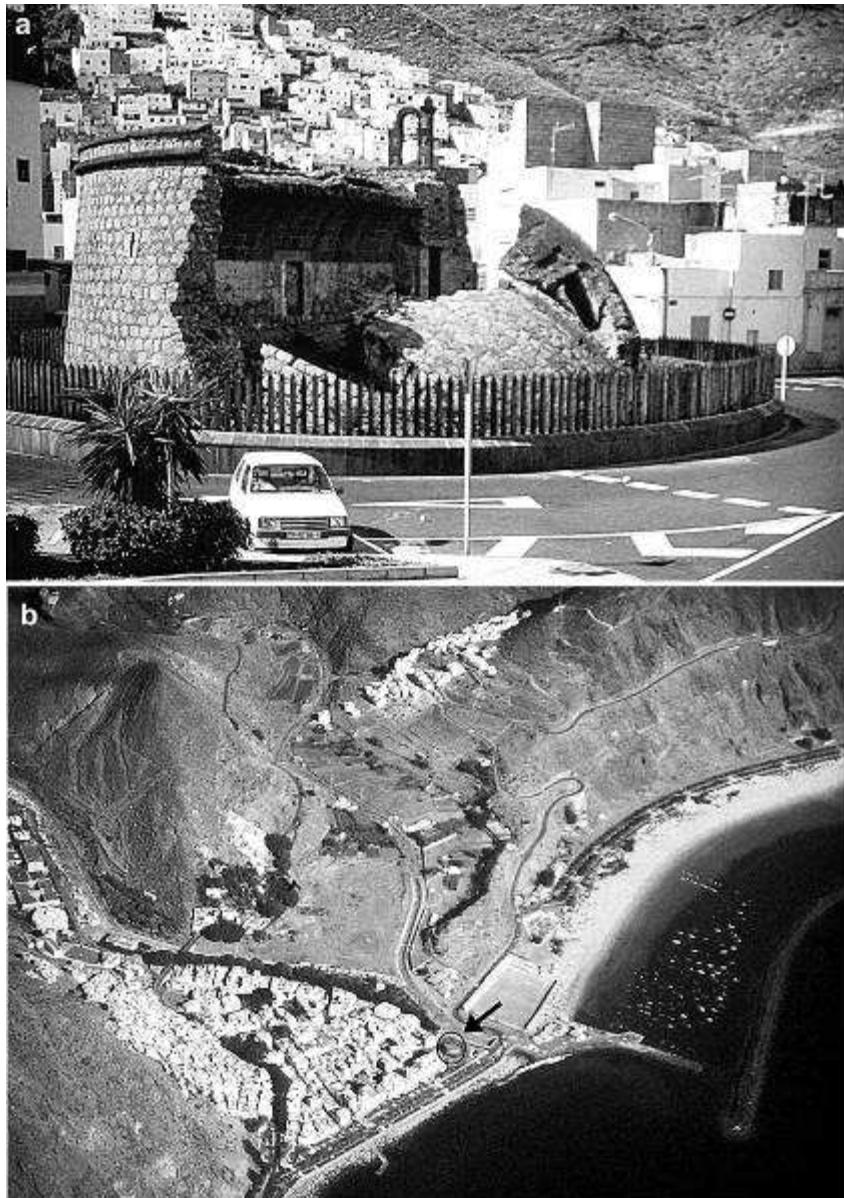


Fig. 11. Castillo de San Andrés (a), derruido parcialmente por la crecida del barranco en 1826; y vista aérea (b) de San Andrés y Las Teresitas, a finales de los años 90, con el castillo remarcado en un círculo (fotografías del autor).

Una conciencia que hoy parece bastante extraviada, a juzgar por lo sucedido en tiempos más recientes en esta misma zona, y en tantas otras. En uno de los episodios del largo *affaire* político-inmobiliario de Las

Teresitas, el Ayuntamiento de Santa Cruz convocó a comienzos del siglo XXI un concurso internacional de proyectos para la urbanización del frente de la playa. En una muestra pública de planos y maquetas que tuvo lugar en el verano de 2000, una docena de equipos profesionales (franceses, holandeses, japoneses, españoles y hasta algunos estudios locales de arquitectura) expusieron sus propuestas: todos, menos uno, proponían ubicar equipamientos en el cauce del barranco de Las Huertas o sus inmediaciones (apenas unos cientos de metros más arriba del icónico castillo). Resultaba evidente la amnesia colectiva respecto a la realidad geográfica, que la fuerza de los hechos no tardó en poner de manifiesto: no habían transcurrido ni dos años cuando se produjo la lluvia torrencial que afectó gravemente a Santa Cruz de Tenerife al mediodía del 31 de marzo de 2002, Domingo de Resurrección (Fig. 12). Los barrios situados en los valles–barranco del sur del macizo de Anaga fueron de las zonas más gravemente afectadas, sobre todo donde se había edificado invadiendo el espacio de las torreneras –las *cañadas* de La Gomera– que desaguan las laderas más empinadas. Entre la decena de víctimas humanas de aquel triste suceso, dos se verificaron precisamente en San Andrés.



Fig. 12. Efectos de la 'riada' del 31 de marzo de 2002 en Santa Cruz y San Andrés (fotografías: Diario de Avisos).

No fue la última ocasión en que se puso de manifiesto nuestra incapacidad actual para recordar los mensajes del pasado: más cerca de la

sede de la entidad que edita este libro, con ocasión de las lluvias torrenciales que afectaron en 2010 al Norte de Tenerife, se volvió a verificar la crecida de varios barrancos, entre ellos el de San Felipe, cuyo tramo más bajo se desempeñaba, en invierno y en verano, como aparcamiento de coches al aire libre. Para las personas que vieron anegados sus vehículos (y todas las demás) hubiera sido bueno recordar el testimonio que dejó escrito el alcalde portuense, Álvarez Rixo, respecto a los sucesos de 1826 en esa misma zona:

“Los dos barrancos en medio de los cuales está situado este Puerto, sus torrentes arrastraron tanto material, que retiraron el mar 250 varas el del naciente [Martínez] y 200 del de poniente [San Felipe]”.

Sobre esos terrenos, ganados por los sedimentos al mar, se extiende hoy la flamante Playa-Jardín, en cuyo extremo se conserva el castillo de San Felipe, al que el aluvión de 1826 dejó sin bahía alguna que vigilar. Otra vez un castillo lanza un mensaje que nadie parece descifrar.

La experiencia vernácula llevaba a utilizar, casi siempre, un mismo elemento para resolver varias necesidades humanas

Antes de concretar esta idea con algunos ejemplos es necesario explicar un concepto fértil: el de ‘satisfactor sinérgico’, propuesto y sistematizado por el investigador chileno Manfred Max-Neef, uno de los teóricos más relevantes dentro de la corriente denominada Economía Ecológica. En su búsqueda de una teoría del desarrollo humano (esto es, más preocupada por la elevación de la calidad de vida de las personas que por el crecimiento de la cantidad de los objetos), este autor cuestiona la teoría convencional de las necesidades. Ésta postula que las necesidades humanas son infinitas, en permanente cambio, variables de una cultura a otra, y diferentes en cada periodo histórico. Semejante visión contribuye a sustentar una teoría del crecimiento económico permanente, única manera de satisfacer tal modelo de necesidades. Para Max-Neef, se trata de un error cuya base se encuentra en la confusión entre necesidades y ‘satisfactores’: las necesidades humanas fundamentales son finitas, pocas y clasificables; son las mismas en todas las culturas y en todos los periodos históricos⁵. Lo que cambia a través del

⁵ Para Max-Neef, esas necesidades básicas e invariantes serían: Subsistencia, Protección, Afecto, Entendimiento, Participación, Ocio (no entendido como holgazanería sino como estado de conciencia que invita a la creatividad), Creación, Identidad y Libertad. Las necesidades humanas no deben ser entendidas sólo como carencias, sino también y simultáneamente, como *potencialidades humanas individuales y colectivas*.

tiempo y de las culturas es la manera o los *medios* utilizados para satisfacerlas, que él propone denominar ‘*satisfactores*’. La cantidad y calidad de los satisfactores sí que puede ser variable en tiempo y espacio, al igual que los mecanismos de acceso a los mismos: para protegerme de las inclemencias del tiempo atmosférico –necesidad humana básica– puedo abrigarme con un jersey de lana, una manta esperancera, un abrigo de pieles o una chaqueta de lino, entre otras posibilidades casi infinitas.

Max–Neef clasifica los satisfactores en varios grupos, según su naturaleza y su grado de relación con las necesidades⁶. Lo que más nos interesa aquí es la definición de satisfactor ‘*sinérgico*’: sería aquél que, por la forma en que satisface determinada necesidad, estimula y contribuye a la satisfacción simultánea de otras. El ejemplo más logrado de satisfactor sinérgico sería para este autor el que se produce:

“cuando una madre le da el pecho a su bebé; a través de ese acto contribuye a que la criatura reciba satisfacción simultánea para sus necesidades de subsistencia, protección, afecto e identidad. La situación es obviamente distinta si el bebé es alimentado de manera más mecánica”.

Todo esto contrasta con la realidad histórica contemporánea (surgida del capitalismo desarrollado) que promueve, entre otras cosas, la ‘*súper–especialización*’: de los espacios, de los objetos, de las personas. El presente, siguiendo las aportaciones de Max–Neef, se caracteriza por el predominio de satisfactores *singulares*: utensilios, lugares o prácticas que sirven exclusivamente para una sola función, derrochando a menudo muchos más recursos de los necesarios. Por el contrario, los satisfactores sinérgicos, además de verificarse de modo habitual por cauces *endógenos*, suelen presentar –desde nuestra perspectiva contemporánea– un carácter *contra hegémónico*, al revertir la racionalidad dominante de competencia y coacción.

A la luz de los planteamientos anteriores, es posible descubrir múltiples casos donde la cultura vernácula, tanto campesina como urbana, desarrollaba satisfactores sinérgicos; lo contrario, la especialización contemporánea, más bien resultaba ser algo excepcional. Un par de ejemplos valen para demostrarlo, aunque cualquier persona dotada con este equipaje conceptual podría descubrir cientos de ellos.

En el extremo sur de la pequeña isla de Alegranza, en el Archipiélago Chinijo, se encuentra la Caldera del mismo nombre: un edificio

⁶ Esta clasificación incluye las categorías de satisfactores *destructores* o *violadores*; *pseudo-satisfactores*; satisfactores *inhibidores*; satisfactores *singulares*; y satisfactores *sinérgicos*. Los cuatro primeros suelen ser exógenos y el quinto, *endógeno*.

hidromagnético que presenta uno de los mayores diámetros entre los conos volcánicos de Canarias (Fig. 13). La peculiar génesis de este volcán hizo que sus paredes sean firmes y parcialmente impermeables (todo lo contrario de los habituales conos de cínder y lapilli del volcanismo convencional, que absorben casi toda el agua de lluvia que alcanza sus laderas). Por el flanco de la caldera de Alegranza asciende un camino, trazado a pico, que permite acceder hasta su cima y luego bajar al cráter interior (Fig. 14). Pero lo más interesante, a nuestros efectos, es su doble utilidad: fue labrado como una canalización dotada de un reborde externo que permite que el agua de lluvia que discurre por las laderas de la montaña al alcanzar el camino siga circulando por él, hasta ser conducida a un aljibe subterráneo que se encuentra más abajo. Es decir, vale para lo que sirven todos los caminos (tránsito de personas y materiales), pero también para recoger y canalizar hasta un depósito agua de lluvia, que en este caso suministraba un aporte para los rebaños de cabras trasladados durante algunos veranos secos a Alegranza, para compensar el agostamiento de los pastizales de Lanzarote.



Fig. 13. Caldera de Alegranza, al sur del islote (fotografía del autor).

En realidad no hacía falta ir tan lejos: en muchos pueblos del Archipiélago, como en otros tantos lugares marcados por la sed, casi todos los caminos cumplían la función adicional de recogida de agua de lluvia. Por eso, cuando amenazaba una borrasca, era habitual darse prisa en barrerlos de tierra y pequeñas piedras, para recoger la mayor cantidad posible de agua limpia (normalmente, las primeras aguas se dejaban correr

para que limpiaran por sí mismas el polvo del camino, y luego se iniciaba su desvío hacia el aljibe). El autor de estas líneas presenció este modo de proceder en la isla de El Hierro en el centro del pueblo de El Pinar en los años ochenta del pasado siglo XX, del mismo modo que se seguía practicando aún en otras comarcas de Canarias.



Fig. 14. Detalle del camino que asciende a la cima de la Caldera de Alegranza (fotografía del autor).

Una versión particularmente sofisticada del camino como satisfactor sinérgico la encontramos en algunas vías que atraviesan el monteverde húmedo; se aprecia todavía en el camino de Las Vueltas que conduce a Taganana (Fig. 15). Como en muchos caminos, a cada tramo se prepararon pequeños canales que desaguan hacia los bordes, evitando que si la lluvia es fuerte el caudal acumulado se transforme en un torrente que destroza el

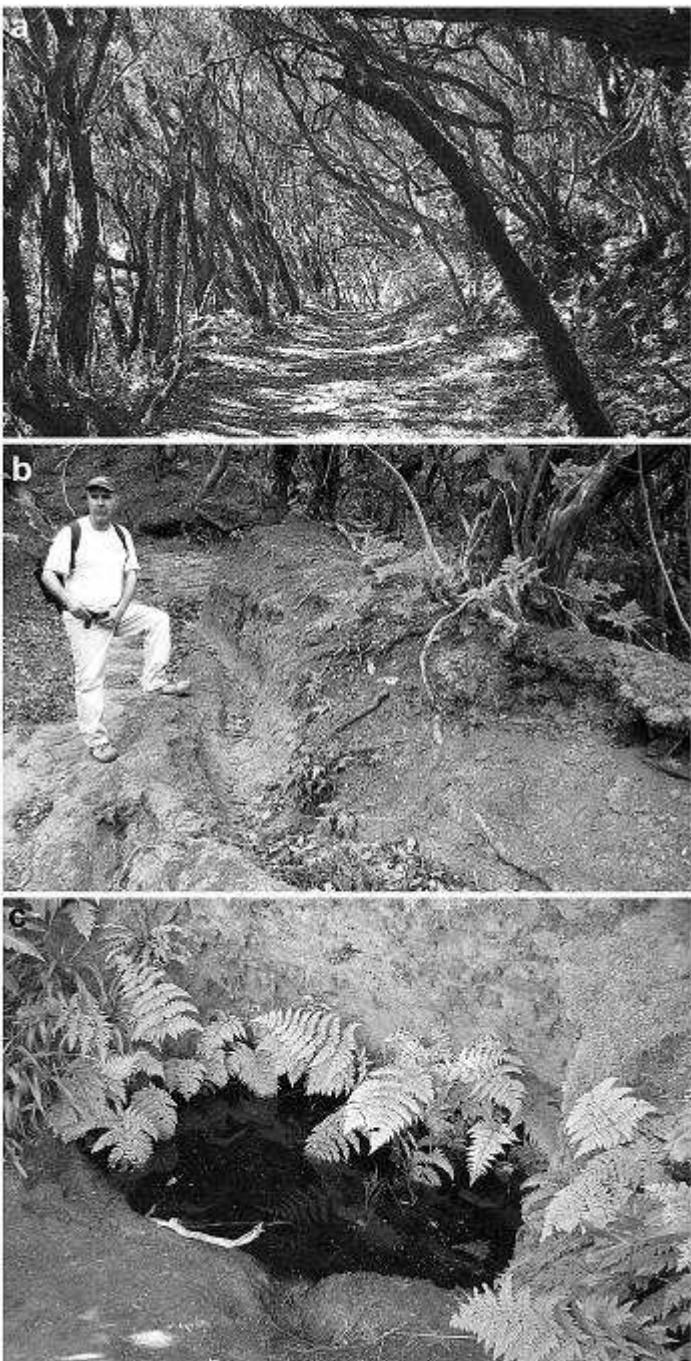


Fig. 15. Camino que atraviesa un bosque húmedo de monteverde (a); canal de desagüe en el camino de Las Vueltas (b); y tanquilla en el camino de Las Vueltas para abrevadero de los animales de carga (c) (fotografías del autor).

propio sendero. La mayor parte de los canales vierten hacia barranquillos; pero en unos pocos casos lo hacen a unas tanquillas abiertas, que almacenan agua en puntos estratégicos del camino (Fig. 15). Éstas permanecen llenas de agua todo el año, gracias a la precipitación de niebla ('lluvia horizontal') que funciona en estas zonas incluso en lo más seco del verano, y que gota a gota va nutriendo el propósito principal: disponer de unos puntos que sirvieran de abrevadero y descanso para los burros y mulas de carga, gracias a cuyo esfuerzo –y el de sus arrieros– se podían llevar a vender a los mercados urbanos los excedentes de la producción agrícola de un valle fértil como Taganana, y se importaban (antes de la tardía llegada de la carretera, en los años setenta) las mercancías indispensables que no se podían producir allí.

La experiencia vernácula conserva y maneja la diversidad por muy buenas razones

A mediados de los años noventa me encontraba desarrollando una investigación sobre el pasado agrícola de un pequeño valle en el municipio de Tegueste. Tuve la oportunidad de conocer y entrevistar a un experimentado campesino que me estaba explicando la gran variedad de productos que solían cultivar en una finca no mayor de dos hectáreas, primero como medianeros y más tarde como propietarios directos. En un momento determinado de la conversación, don Nicolás González afirmó: "Y llegamos a tener cincuenta clases distintas de peras". Ante mi sorpresa, comenzó a enumerar las que recordaba. En sucesivas visitas fue completando el listado, hasta alcanzar las 32 variedades de perales que se incluyen en la Figura 16 (aunque él aseguraba que su número total superaba el medio centenar, no le fue posible recordarlas todas porque habían transcurrido muchos años desde entonces).

Se debe subrayar que esta impresionante colección se verificaba en una finca no muy extensa, en la que los perales ni siquiera constituían el cultivo principal, y donde convivían con media docena de variedades de papas, dos o tres de trigo, otras dos de cebada, cinco o seis clases distintas de viña, diferentes clases de higueras, y otros frutales y hortalizas. Como se trataba de una explotación de subsistencia (a lo sumo, abastecía el pequeño mercado local), y no del Jardín Botánico promovido por un filántropo acaudalado o el Banco de Germoplasma de alguna institución contemporánea, cabe hacerse la pregunta: ¿a qué obedece esta auténtica obsesión por *mantener y gestionar tanta biodiversidad cultivada?*

El informante de Tegueste, persona muy perspicaz, explicaba con argumentos claros lo que también sería de aplicación en muchas otras partes. Disponían de variedades de peras que eran ruines de sabor, pero si venía un año muy seco (el regadío alcanzó tardíamente esta zona) tal vez

fueran las únicas capaces de producir algo. Había perales de fructificación temprana (mediados de la primavera); otros producían a comienzos del verano (algunos nombres de variedades suministran pistas al respecto); otros son más tardíos y algunos, en fin, dan fruto en el mes de octubre, todo lo cual amplía en casi seis meses la disponibilidad de fruta fresca, evitando concentrar la cosecha en un intervalo demasiado corto para consumirla o venderla a tiempo, sin posibilidad de conservar los excedentes en cámaras frigoríficas (que por supuesto no existían). Esta amplitud temporal también resultaba ventajosa en caso de sobrevenir alguna plaga, por ejemplo, de *cigarrones* (langosta africana): si sorprendía al árbol en flor, los voraces insectos eliminaban toda posibilidad posterior de fruto; pero en las variedades de floración más tardía, este problema no se daba y se podían cosechar peras unos meses más tarde. Existían otros motivos adicionales que alentaban esta diversificación *compulsiva* (vinculadas a la distancia a la que se producía su pequeña comercialización), pero detengo aquí la enumeración por no seguir alargándome.

1. <i>Pierna Monja</i>	17. <i>Real</i>
2. <i>Bonita</i>	18. <i>Durera</i>
3. <i>Canaria</i>	19. <i>Fresquiana</i>
4. <i>Chasnера</i>	20. <i>Juan Alonso</i>
5. <i>Higa</i>	21. <i>Juan Nicolás</i>
6. <i>Sausa</i>	22. <i>Sanjuanera</i>
7. <i>Bodega</i>	23. <i>Romera</i>
8. <i>De Año</i>	24. <i>Dulce</i>
9. <i>Parda</i>	25. <i>De higo blanco</i>
10. <i>Güimarerá</i>	26. <i>Codornia</i>
11. <i>Lisarda</i>	27. <i>Trigal Normal</i>
12. <i>Calabasate</i>	28. <i>Trigal de España</i>
13. <i>De Agua</i>	29. <i>Monte</i>
14. <i>Manzana</i>	30. <i>Pan</i>
15. <i>Sermeña</i>	31. <i>Lágrima</i>
16. <i>Génova</i>	32. <i>Mimbre</i>

Información oral de D. Nicolás González Gutiérrez (1994).

Fig. 16. Variedades de peras cultivadas a mediados del siglo XX en una finca del Valle de Borgoñón (Tegueste).

En realidad el ejemplo seleccionado, aunque muy expresivo, es sin duda un poco exagerado: muy pocas familias campesinas cultivaban tantas variedades de una misma especie agrícola, pero sí unas cuantas (y muy raras veces una sola). La estrategia vernácula del campesinado para lograr sobrevivir en casi todo el Planeta estuvo basada –antes de la generalización

de la llamada *Revolución Verde*— en un manejo hábil y complejo de la biodiversidad. Como puso de manifiesto tempranamente el ecólogo mexicano Víctor Toledo (1985), la supervivencia estuvo basada en desarrollar sistemas de aprovechamiento *múltiple* (no sólo de *múltiples* especies y variedades, sino también de *múltiples* ecosistemas, en los que se desarrollaban a lo largo del año *múltiples* prácticas productivas), sustentados en un conocimiento exhaustivo del territorio y sus recursos. En último término, fueron este tipo de estrategias basadas en la diversidad y la multiplicidad las que permitieron, si no eliminar el espectro del hambre que acechaba siempre a las comunidades campesinas, sí reducir lo más posible su periódica y fatal incidencia.

La experiencia vernácula practica un manejo integral, cerrando ciclos de materiales... y de energía

Alguna persona joven podría pensar que conceptos como el reciclaje, la reutilización o la reducción de residuos (las tres ‘erres’ de su correcta gestión contemporánea) constituyen invenciones novedosas o exclusivas de la modernidad más reciente. Nada más lejos de la verdad. La gestión vernácula, marcada siempre por la escasez (en realidad, la abundancia que hemos disfrutado en la parte rica del Planeta pudiera ser más bien una especie de paréntesis excepcional en la historia de la Humanidad), practicó siempre un manejo austero y autocontenido de los recursos; procurando, en cuantos casos fue posible, prolongar su vida útil, reciclandolos, reutilizándolos o reconvirtiéndolos en otra cosa también útil, cuando ya no quedaba más remedio. De nuevo proponemos un par de ejemplos entre los miles de casos posibles.

En la Figura 17a se observa una vieja piedra de lavar de cemento, situada en el exterior de una casa campesina. Esta imagen puede sugerir varias informaciones anexas: la primera, que ya había agua cerca, y no era preciso que las mujeres –encargadas por lo general de la dura tarea de lavar la ropa– tuvieran que acudir a algún lugar más o menos alejado, como una fuente, los charcos de un barranco o, en el mejor de los casos, algún lavadero comunitario situado en el entorno del pueblo; la segunda, que al estar fabricada con cemento (y no labrada en piedra, por ejemplo), la pileta de lavar no debe ser muy antigua ni anterior en ningún caso a los años sesenta, que es cuando se generaliza el uso de este material de construcción entre las clases populares –pues antes el cemento apenas se había utilizado en el Archipiélago más que para obras públicas o construcciones suntuarias-. Si miramos la Figura 17b, que se centra en un detalle del mismo objeto, encontramos una pieza de piedra porosa incrustada en el cemento, que debió servir para restregar la ropa sucia (a modo de *batidera*). La pieza no es otra que una piedra casi completa de un pequeño molino

casero (tallado en un basalto vacuolado), que seguramente había dejado de ser funcional porque también se implantó en el pueblo alguna *máquina* de moler: un molino profesional, cuyas grandes piedras eran impulsadas por un motor de gasoil y no más por la energía muscular humana. Esta aplicación temprana de la energía contenida en los combustibles fósiles permitió abandonar la obligación de triturar en casa el gofio (y cualquier otro producto molturable), lo que suponía un trabajo duro, largo y tedioso. Pero como vemos, la piedra del viejo molino doméstico no acabó en el fondo de un barranco, ni siquiera en la pared de una huerta, sino que alguien le supo encontrar una nueva utilidad acorde con su naturaleza porosa.

El siguiente paso (y aunque la imagen corresponde a otro lugar), viene a expresar la continuación del ciclo: cuando al agua corriente le sigue el abastecimiento doméstico de electricidad, cobran sentido los *electrodomésticos* –su denominación no cayó del cielo–. Con ellos llegan las lavadoras, que terminan de liberar a muchas mujeres de la esclavitud de lavar la ropa a mano. Pero entonces, en algunos casos, la piedra de lavar resucita transformada en macetero (Fig. 17c).



Fig. 17. Pila de lavar construida en cemento (a); detalle de la pila de lavar, con una antigua piedra de molino incrustada para servir de ‘batidera’ (b); y antigua pila de lavar reconvertida en jardinera (c) (fotografías del autor).

Si los ejemplos anteriores corresponden al ciclo de un objeto, el siguiente se refiere al manejo cíclico de un ecosistema; o, para ser más

preciso, de un agroecosistema: la asociación de cultivos de castaños y papas, practicada en los Altos de la vertiente norte de Tenerife. La rampa volcánica empinada de la comarca de Acentejo, pongamos por caso, debió acoger antaño un bosque de laurisilva que sacaba partido a la presencia frecuente del mar de nubes a esa cota. El hambre de tierras del campesinado llevó, siglos atrás, a la roturación de aquel monte, sustituyéndolo en muchos sitios por un espacio forestal humanizado: una plantación de castaños, cuyas profundas raíces extraen nutrientes minerales de los materiales volcánicos y los transforman cada año, a través de la fotosíntesis, en materia orgánica abundante que fertiliza la superficie del suelo, gracias a la abundante hojarasca y los erizos incomestibles de las castañas que se quedan en la tierra. Pero a diferencia de los árboles de la laurisilva, el castaño es caducifolio, y pierde toda su masa foliar en invierno (Fig. 18a), permitiendo que los rayos solares alcancen el suelo a pesar de la duración más corta de los días y de que el sol alcance menos altura sobre el horizonte; en cambio, en pleno verano, el tupido recubrimiento de hojas y flores produce una sombra (Fig. 18b) que impide que la radiación solar directa llegue a su base, por más que haya más horas de luz y que el astro rey se encuentre a mediodía prácticamente en la vertical. Ese diferencial de energía solar se identifica como una oportunidad para sacarle el mayor partido a la fertilidad del suelo, que de otro modo se desaprovecharía,

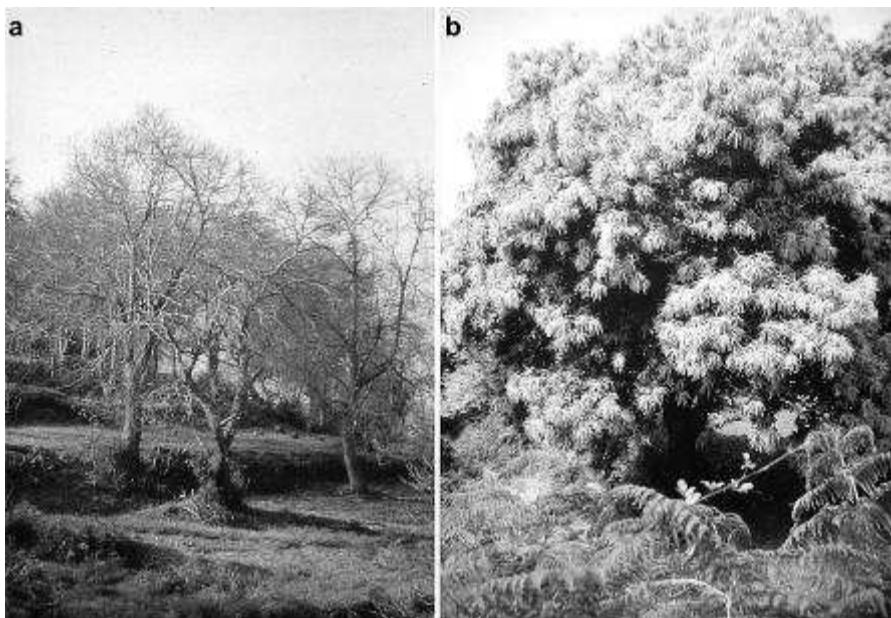


Fig. 18. Castaños en invierno (**a**) y verano (**b**): cambios estacionales en la masa foliar y en la energía solar que llega a la base del árbol (fotografías del autor).

insertando una plantación de papas (de 4–5 meses de duración), que rinde fruto en verano, mientras que las castañas se cosechan a comienzos del invierno. Ambos son productos ricos en calorías, y resultaron fundamentales en la dieta básica de los paisanos. Hay más particularidades interesantes de este agrosistema, pero lo dejo aquí.

Otra muestra que refleja bien el cierre y aprovechamiento de flujos de energía y materiales es la siguiente: en los años cuarenta Canarias vivía una situación muy dura de crisis socioeconómica y autarquía; sin embargo, los grandes propietarios anhelaban seguir extendiendo el espacio de la agricultura de exportación para cuando se lograra superar la situación de aislamiento internacional (consecuencia de la II Guerra Mundial y, al concluir ésta con la derrota del fascismo, del bloqueo al que fue sometido el régimen del general Franco). Fue en ese contexto cuando se construyó en Arico un ingenio calero protoindustrial que, sin embargo, aún conservaba notables anclajes con una racionalidad estrechamente vinculada al aprovechamiento integral de los recursos. Los hornos de cal estuvieron siempre situados en el litoral de las Islas, para explotar los materiales calcáreos de la orilla o, sobre todo, manufacturar la piedra de cal importada en bruto desde Fuerteventura. Pero este horno de Arico (Fig. 19a) se sitúa en la zona alta de El Bueno, a más de 1000 metros de altitud, en un paraje alejado de cualquier vía rodada de comunicación. ¿Cuál era su fundamento?

Las galerías de la zona alta de Arico y Fasnia venían dando buenos resultados y permitían obtener excedentes hídricos cuyo trasvase se planteó inmediatamente la burguesía agraria de la zona situada más al sur. Tanto los canales ‘horizontales’, como todos los bajantes que canalizaban y repartían el agua (Fig. 19b), suponían muchos kilómetros de trazado, que exigían a su vez gran cantidad de materiales de construcción, en un periodo en el que éstos resultaban muy escasos. Ya se había observado que las aguas de algunas galerías de Arico portaban en disolución una gran cantidad de sales carbonatadas, producto de su mezcla en el acuífero con gases carbónicos vinculados a la historia volcánica de la isla. Estas sales, además de comprometer la propia calidad del agua de riego, suponían –y siguen suponiendo en la actualidad– un problema técnico grave: al entrar en contacto con el aire, precipitan y van formando costras calcáreas cada vez más gruesas, de modo que si no se limpian las conducciones de manera periódica pueden acabar taponadas. La demanda de cal y su presencia potencial en el agua que brotaba en la parte alta se unificaron por medio de un ingenioso procedimiento: el agua se hacía pasar a través de una piscina dividida en compartimentos (a modo de serpentín) para frenar su velocidad y favorecer que las concreciones calcáreas se fueran depositando en el fondo de la cubeta. De allí se recogían, suministrando la materia prima (carbonato cálcico), que procedía a transformarse en cal (óxido de calcio) en un horno de gran tamaño situado un poco más abajo. Y esa cal servía de

argamasa para unir las piezas en forma de ‘u’ que integraban las canalizaciones, o para revestir e impermeabilizar depósitos o las propias conducciones, cuando éstas estaban talladas en piedras porosas como las tobas pumíticas (lo cual era harto frecuente).

En síntesis, este modelo se puede expresar del modo siguiente: el propio *residuo* que transporta el agua –las sales carbonatadas que la contaminan–, se logra transformar en un *recurso* –la cal como material de construcción–, que va a servir precisamente para transportar esa misma agua.

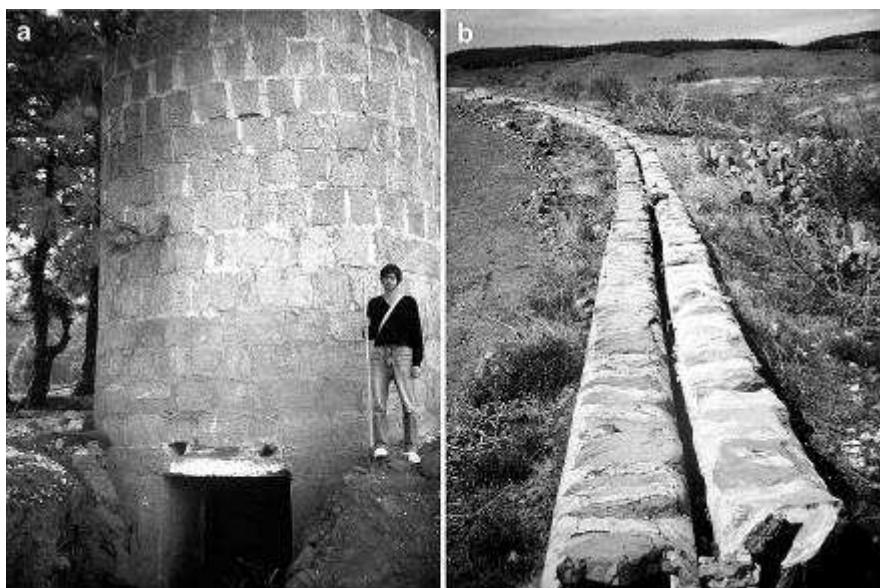


Fig. 19. Horno de cal en los Altos de Arico (a); y atarjeas para el transporte de agua (b). El horno aprovechaba las sales calcáreas contenidas en el agua (fotografías del autor).

A modo de conclusión: actualidad de la experiencia vernácula

Las consideraciones anteriores, y otras por el estilo, pueden tener algún interés histórico y cultural. ¿Pero nos sirven para algo más? Mi experiencia explicando éstos y otros casos, en charlas dirigidas a públicos diferentes, es que suelen llamar la atención pero por razones que tienen que ver a menudo con otra cosa: muchas de estas ideas se refieren a un mundo ya desaparecido, pero todavía reciente, como si aún pudiéramos ‘acariciarlo con la yema de los dedos’. Está todavía tan cercano que a menudo inspira un

sentimiento de nostalgia. Quisiera dedicar un párrafo a reflexionar sobre este particular.

La nostalgia constituye, con seguridad, un *derecho humano básico*: cuando sufrimos una pérdida grave, material o personal, necesitamos un lapso para acomodarnos a la nueva situación. Éste es el fundamento de la institución del luto, que existe en muchas culturas, y que no significa sólo que las personas dolientes se vistan –o no– de un determinado color, o que practiquen unos rituales u otros, sino sobre todo que dispongan de un espacio y un tiempo de distanciamiento y adaptación, en parte solas y en parte acompañadas por los seres queridos y asistidas por la comunidad. También advierte la experiencia (y corrobora la investigación psicológica) que la pérdida hay que trascenderla, no instalarse en ella de manera permanente. Quedarse instalado en la nostalgia paraliza la creatividad y el potencial del ser humano, constituyendo un grave error.

Por otra parte, vuelvo a insistir en una idea que apunté casi al principio: lejos de mi intención se encontraba alentar cualquier tipo de idealización romántica de las condiciones de vida pretéritas que, en muchos casos, nos resultarían intolerables evaluadas desde la perspectiva presente. No concibo ningún deseo de retornar a supuestos paraísos perdidos. Por el contrario, y desde mi punto de vista, dos son las enseñanzas más útiles que podemos extraer hoy de la experiencia vernácula, en relación con los problemas actuales de la sostenibilidad.

En primer lugar, y como aportación para el reconocimiento de los errores, *sirve de base para una crítica bien fundamentada y radical de la insostenibilidad presente* ('radical' en el sentido de ir a la raíz, de comprender el origen de los problemas). Comenzamos este capítulo relatando cómo se originó, debido a un problema socioecológico temprano, el corredor de jable del centro-norte de Lanzarote; y, lo más importante, cómo los vecinos de la comarca lograron transformar aquella catástrofe local en una oportunidad para mantener y mejorar la agricultura, construyendo un nuevo modelo que presenta interés universal. Para ello, sin que mediara ninguna organización estatal que impusiera de manera compulsiva la protección y el control del territorio, la comunidad entendió que debía favorecer el tránsito de la arena de forma aerodinámica, sin interponerle ninguna clase de obstáculo permanente. Desde finales del siglo XIX hasta tiempos recientes, nadie osó levantar una pared, ni mucho menos una vivienda, ni ninguna clase de edificación o infraestructura a lo largo del pasillo por donde los jables atravesan la isla de norte a sur. Sin embargo, resulta paradójico constatar cómo, en la última década y media, la propia 'planificación' oficial del territorio situó en la zona toda una serie de elementos distorsionadores: desde colinas de desechos de la construcción de bastantes metros de altura en el principal vertedero de escombros de Lanzarote (Fig. 20), situado en la zona de Entremontañas –entre los conos

volcánicos de Mina y Zonzamas, por donde se cuela el principal pasillo de circulación de arena-, hasta la nueva depuradora de la capital (en la misma zona), o incluso una mediana maciza de hormigón en la autovía que conecta Arrecife con el centro de la isla. Estos y otros nuevos obstáculos dificultan severamente el tránsito de la arena, llegando al punto de comprometer la alimentación de las playas que se encuentran en la otra orilla insular (como Guasimeta o Playa Honda), que van perdiendo sustrato, lo que lleva al final a la administración pública a realizar operaciones de “regeneración”, a base de succionar arena del lecho marino, con costes económicos y ecológicos elevadísimos. Sorprende por tanto el que hoy día, con toda la información y los medios técnicos que tenemos a nuestra disposición, lo estemos haciendo tan mal, frente al ejemplo de entendimiento y armonía con el medio que evidenciaba el modelo vernáculo de gestión del jable en los 120 años anteriores.



Fig. 20. Vertedero de escombros y otras infraestructuras públicas que obstaculizan el *corredor del jable* en Lanzarote (fotografía del autor).

En segundo lugar, y adoptando una perspectiva de afirmación constructiva, considero que la experiencia vernácula representa una verdadera *fuente de inspiración para comunidades y personas creativas de sistemas más sostenibles o perdurables* (o, al menos, *no tan insostenibles y efímeros* como los actuales). Para ilustrar esta idea me valdré de dos ejemplos tomados de la isla de El Hierro, que se relacionan entre sí. Como

es sabido, se encuentra en avanzado estado de desarrollo el proyecto ‘El Hierro 100% Energías Renovables’, consistente en implantar un sistema hidroeólico: un neologismo que sintetiza la combinación de energía eólica e hidroeléctrica. La secuencia sería la siguiente (Fig. 21): un parque eólico producirá de forma limpia electricidad todos los días ventosos del año (que son muchos pero, por suerte o por desgracia, no todos); el sobrante de energía también se empleará en desalar agua de mar y bombearla hasta un depósito situado en altura: una caldera volcánica impermeabilizada, que se localiza a 800 m.s.n.m. Desde allí, los días que no hay viento se dejará caer por gravedad a través de una tubería cerrada, hasta una mini-central hidráulica, que aprovechará la energía cinética del agua para mover una turbina capaz también de producir electricidad sin contaminación alguna. Con este dispositivo se logrará obtener toda la electricidad que consuma la isla mediante energía limpia, local y renovable (la actual central térmica no se desmantelará, sino que se mantendrá operativa aunque sin funcionar para cubrir eventuales situaciones de emergencia).



Fig. 21. Sistema hidroeólico del proyecto El Hierro 100% Renovable (imagen de Gorona del Viento El Hierro, S.A.).

La pregunta que se suscita es por qué en la pequeña isla de El Hierro se ha decidido dar este importante paso hacia la sostenibilidad, que la va a convertir sin duda en un referente internacional de adecuada gestión de la energía. Aunque no tengo una respuesta segura, ofrezco a la consideración de la persona que llegó leyendo hasta aquí la siguiente hipótesis: la población herreña, de modo general y por razones vinculadas a su experiencia de aislamiento relativo hasta tiempos históricos no lejanos, mantiene una especial sensibilidad y prudencia respecto a cómo articular su futuro basándose en sus propios recursos endógenos. También tiene más presente que otras sociedades insulares un conocimiento cabal de su propio (y pequeño) territorio y un pasado más próximo de autosuficiencia. Un último caso, tomado de la experiencia vernácula, ayuda a sustentar esta idea.

En el extremo nororiental del valle de El Golfo, casi enfrente de los Roques de Salmor, se conservan las antiguas salinas (Fig. 22) que abastecieron de un producto tan básico a la población que habitaba, de forma estacional o permanente, esta comarca herreña.



Fig. 22. Salinas de Las Puntas, en el valle de El Golfo. Al fondo los roques de Salmor (fotografía del autor).

El circuito capaz de producir la sal se construyó, al parecer, a finales del siglo XVII. Para ello se aprovechó el saliente costero formado por un frente de colada reciente que ganó terreno al mar (como otros de la zona, de

donde procede el nombre del paraje: Las Puntas). En su extremo, se labró a pico un depósito que funciona como rebosadero. El agua que lo llena por la acción de los temporales o las mareas más largas del año va discurriendo por un somero canal, tallado también sobre la colada (Fig. 23), hasta un primer depósito situado en el borde de tierra del saliente; de allí se bombeaba hasta un segundo tanque descubierto.

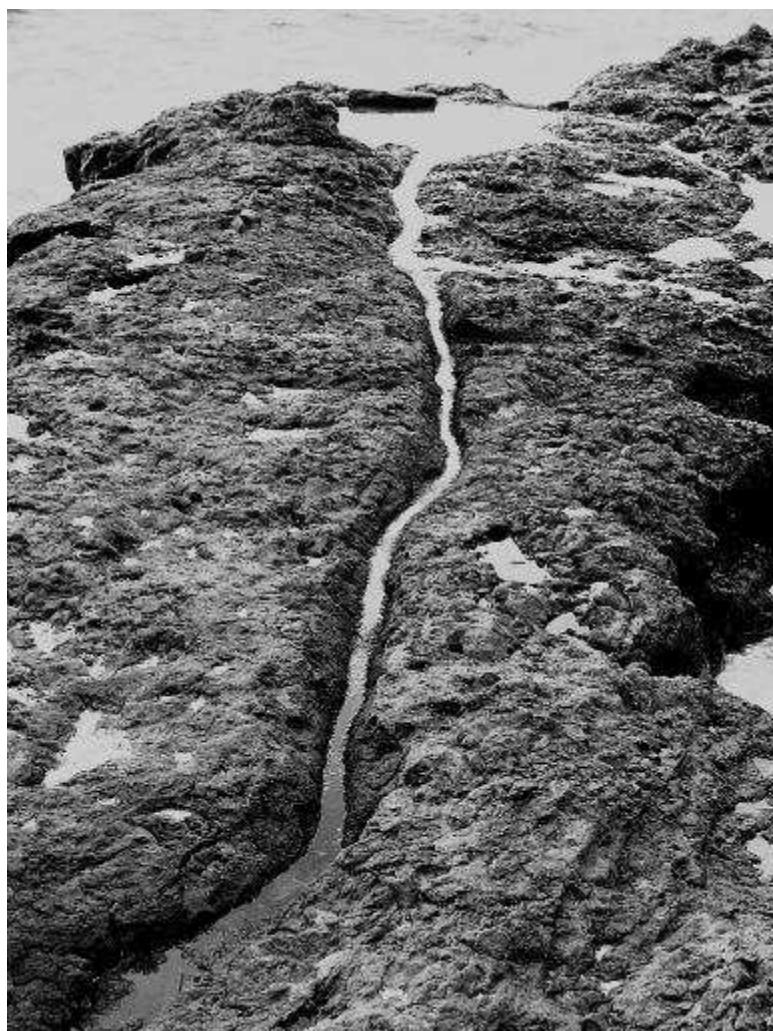


Fig. 23. Rebosadero de las salinas de Las Puntas, en el extremo del saliente de una colada basáltica (fotografía del autor).

Antaño funcionó allí un molino de madera, hoy desaparecido, que aprovechaba el viento reinante para impulsar el agua salada hasta un tercer

depósito superior, de mayor amplitud pero escasa profundidad, que funcionaba como cocedero: la acción de los rayos solares avanzaba la evaporación, produciendo una solución cada vez más densa en sal. Desde esta piscina elevada se dejaba luego caer la salmuera por gravedad hasta la última parte del dispositivo, distribuyéndola en celdas de pequeño tamaño, en cuyo fondo precipita ya la sal y se evaporan los últimos restos de agua.

Todo este ingenio salinero, de apenas 300 metros cuadrados, constituye un patrimonio etnográfico y cultural interesante. Pero a uno le gusta completar su puesta en valor proponiendo la siguiente idea: las salinas de El Golfo representan, en cierto modo, un auténtico museo vivo de cómo la cultura vernácula interpretó el medio y supo sacar provecho múltiple y complejo de distintas fuentes naturales de energía, a saber: la energía de las olas y la de las mareas, para llenar el rebosadero; la energía del viento, para bombear agua hacia arriba; la de la gravedad, para dejarla caer en diferentes fases; y la energía del sol, a lo largo del proceso, para producir la evaporación y obtener finalmente la sal. Una vez diseñado y construido con inteligencia y esfuerzo, el circuito funciona requiriendo una intervención de personas pequeña y puntual, lo que pone de manifiesto un extraordinario acomodo de las capacidades humanas con las del resto de la Naturaleza. Por eso me atrevo a afirmar que es como si en las pequeñas salinas de Las Puntas estuviera ya contenido y en potencia el procedimiento que puede hacer de El Hierro una isla autosuficiente en producción de electricidad.

Ahora sí concluyo: conocer y comprender la experiencia vernácula puede ser la base sobre la que imaginar y construir modelos que parten de ella, pero que la trascienden. Aquella interpretación y gestión de los recursos naturales ofrece, en efecto, numerosas pistas, no para su reproducción mimética, acrítica y descontextualizada, sino para inspirar –dentro del marco sociopolítico vigente o el de su eventual transformación– actuaciones sensatas en múltiples campos (muchos de los cuales no hemos tratado aquí por falta de espacio) como la administración inteligente del agua, el empleo de materiales locales, la adecuada localización y diseño de las viviendas y el hábitat en su conjunto, la gestión de la materia orgánica, el desarrollo de una agricultura respetuosa con los procesos ecológicos esenciales, la asignación de usos al territorio consistentes con su vocación natural... Es decir, actuaciones basadas en poner al día, con todo el bagaje crítico y científico contemporáneo, la parte más digna del esfuerzo por sobrevivir que desplegaron muchas generaciones que nos precedieron. Por eso, parafraseando al escritor Eduardo Galeano, no concibo el pasado como un objeto para la nostalgia sino, en todo caso, como una fuente creativa de esperanza hacia el futuro.

*Dedicado a mi pequeña hija María,
con el anhelo de que contribuya y alcance a ver
un Archipiélago y un Mundo más hermoso y sostenible.*

Bibliografía

- AGUILERA KLINK, F. *et al.* (1994). *Canarias: Economía, Ecología y Medio Ambiente*. Francisco Lemus Editor, La Laguna.
- CIORANESCU, A. (1998). *Historia de Santa Cruz de Tenerife, t. II*. Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias, Santa Cruz de Tenerife.
- GOLDSMITH, E. (1999). *El Tao de la ecología. Una visión ecológica del mundo*. Icaria editorial, Barcelona.
- LORENZO PERERA, M.J. (1987). *Estampas etnográficas de Teno Alto (Buenavista del Norte, Isla de Tenerife, Canarias)*. Ilmo. Ayuntamiento de Buenavista del Norte.
- LOWENTHAL, D. (1998). *El pasado es un país extraño*. Ediciones Akal, Madrid.
- LUENGO, A. & C. MARÍN (1994). *El jardín de la sal*. Ecotopía Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- MAX-NEEF, M.A. (1994). *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Editorial Nordan–Comunidad / Icaria Editorial, Barcelona.
- RIECHMANN, J. (2006). *Biomimesis. Ensayos sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*. Los Libros de la Catarata, Madrid.
- SABATÉ BEL, F. (2011). *El país del pargo salado. Naturaleza, cultura y territorio en el Sur de Tenerife (1875–1950)*. Instituto de Estudios Canarios, La Laguna (2 tomos).
- SABATÉ BEL, F., A.C. PERDOMO MOLINA & V. AFONSO ÁLVAREZ (2008). *Las fuentes orales en los estudios de agroecología. El caso del agrosistema de Ycode (Tenerife)*. Centro de Conservación de la Biodiversidad Agrícola de Tenerife, Cabildo de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.
- TOLEDO, V.M. *et al.* (1985): *Ecología y autosuficiencia alimentaria: hacia una opción basada en la diversidad biológica, ecológica y cultural*. Siglo XXI Editores, México.
- TOLEDO, V.M. & N. BARRERA BASSOLS (2008). *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Icaria Editorial, Barcelona.